

The background is a soft, painterly illustration of a landscape with misty mountains and a pale sun. In the foreground, a large, dark, textured bowl sits on a light-colored surface, with several golden-brown leaves scattered around it and some appearing to float in the air. A smaller, similar bowl is visible in the distance to the left.

*Cuenco vacío  
o  
cuenco lleno*

*Margarita Busqui y Shifu Cruz*

*Cuenca vacío o cuenco lleno*



*Margarita Busqui y Shifu Cruz*

Copyright © 2025 Margarita Busqui y Shifu Cruz

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o de otro tipo, sin el permiso previo por escrito del editor.

ISBN: 9798284061053

Primera edición: Julio de 2025

Declaración de no responsabilidad: "Este libro es una obra de ficción/investigación. Los personajes, eventos y lugares son producto de la imaginación del autor, salvo cuando se indique lo contrario."

## Dedicatoria

A todos los seguidores del Camino,  
a todos los buscadores de respuestas,  
y a aquellos que, aún sin saberlo,  
ya están en la senda del Despertar.

## Agradecimientos

Al Camino, que me guía por los senderos adecuados de la vida,  
que me ha enseñado el sentido profundo de la Confianza,  
y que no me deja abandonar los cauces previstos.  
A las personas que, sin proponérselo, me revelan las verdades,  
y me impulsan a alcanzar objetivos  
que yo mismo jamás había imaginado.

# Índice

I. Raíces (La vida antes del templo).....	1
1 El cuenco vacío.....	2
2 El pan y la piedra.....	6
3 Voces a medianoche.....	9
4 El camino sin nombre.....	12
5 El Zorro y el Cuervo.....	18
6 El Laberinto del Peregrino.....	21
7 Las puertas del templo.....	24
8 La montaña que escucha.....	27
9 La puerta cerrada.....	31
10 Una noche de piedra.....	34
11 Entrar sin nombre.....	37
II. Tierra fértil (Adaptación y primeras pruebas).....	41
12 El primer gong.....	42
13 Barrer el mundo.....	46
14 Comer en silencio.....	50
15 El nombre del viento.....	53
16 El niño que no lloraba.....	56
17 La escoba del Maestro Ming.....	59
18 Las reglas que no están escritas.....	63
19 El frío y el fuego.....	67
20 El día sin palabras.....	70
21 La piedra bajo el estanque.....	73
III. Fuego interno (El cuerpo, la mente y el arte).....	76
22 La forma del bambú.....	77
23 El puño que no golpea.....	80
24 Caídas sin culpa.....	83
25 Respirar como montaña.....	86
26 Cargar agua, partir leña.....	89
27 El jardín de los monjes invisibles.....	92
28 El silencio como espejo.....	95
29 La sombra del tigre.....	97

30	El monje de una sola ceja.....	100
31	La hora del tigre y el aliento.....	103
	IV. Floración (El despertar y el viaje hacia fuera).....	106
32	El nombre secreto.....	107
33	El árbol donde aprendí.....	110
34	Una visita inesperada.....	114
35	El maestro se inclina.....	118
36	El niño que partió en dos.....	122
37	Caminar sin mapa.....	126
38	El mercado y la compasión.....	129
39	Las voces de los otros.....	132
40	El cuenco, otra vez.....	136
41	El loto bajo el polvo.....	140
	<i>El Sutra del Viento</i> .....	144

## Prólogo

"El sendero que no lleva a ninguna parte"

Dicen que hay viajes que empiezan con un paso.

Este empieza con un vacío.

Un cuenco vacío y un estómago vacío, pero con un corazón lleno de preguntas sin respuestas.

¿Y cómo se puede caminar cuando no se sabe a dónde ir?

A veces, el mundo no te empuja hacia adelante, simplemente te deja.

Entonces, uno camina, camina por diferentes lugares y no llega a ninguna parte.

Hay quien llega a un monasterio buscando paz, otros buscan respuestas, algunos simplemente buscan arroz caliente o algo con lo que llenar ese vacío.

Y están los que no buscan nada, pero encuentran tesoros en cada paso.

A esos, el viento los lleva entre montañas, entre niebla, entre ramas de bambú.

El niño que fui no sabía lo que buscaba.

Solo sabía que mis pies me dolían, que el frío se colaba por las costuras del corazón, y que la voz de mi madre se quedó pegada a mi espalda como una manta que me abrigaba.

El templo no me esperaba.

El mundo no me echaba de menos.

Y, sin embargo, había un lugar.

Un lugar que no me necesitaba, pero me recibía.

Solo un niño que no entendía nada.

Pero aprendí a no necesitar entenderlo todo.

Esta es la historia de un niño.

Y un silencio.

Quien abra estas páginas no hallará una historia, sino un río que fluye...

## ***I. Raíces (La vida antes del templo)***

# 1

## El cuenco vacío

A veces, la pobreza no se nota en el hambre, sino en la forma de mirar. Los ojos de los padres de Liang hablaban sin moverse, como si la mirada hubiera aprendido a no asustar al hijo con lo que no podía entender.

Aquella mañana, el cielo aún no se decidía a aclarar. La niebla espesa hacía que todo despertara antes de tiempo, y la escarcha cubría la tierra como una herida que no sangra.

Liang, con apenas ocho años, se despertó más por costumbre que por haber dormido bastante.

Su estómago rugía con esa familiaridad con la que ruge lo que ya no espera llenarse.

Se sentó sobre su esterilla, se frotó los ojos y miró hacia el rincón donde su madre solía arrodillarse a moler raíces. Estaba allí, como siempre, pero más quieta. Su cuerpo repetía el gesto habitual, pero sus manos no se movían igual. Había un temblor que nunca antes había visto.

Sobre la mesa, su cuenco vacío. Era suyo desde que tenía memoria.

Había comido en él gachas, arroz hervido, incluso agua caliente con hojas cuando no había otra cosa.

El borde tenía una grieta suave, reparada con esmero, y en el fondo una mancha vieja que jamás lograron limpiar.

Lo tomó con manos pequeñas, y algo en su pecho se encogió.

—Llévalo contigo —dijo su madre, sin levantar la vista—. Y no lo pierdas.

— ¿Por qué? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta. No en palabras, sino en ese lenguaje mudo que habla el miedo.

Ella se giró despacio y se acercó. Le pasó una cuerda por el cuello, amarrando el cuenco con firmeza.

—Porque está vacío. Y cuando algo está vacío... puede llenarse.

Liang no lo entendía del todo. Solo sabía que ese día no era como los otros. Su padre estaba sentado junto al fogón, afilando una herramienta con más insistencia de la necesaria.

Cuando se levantó, fue hasta él y le entregó un pequeño hatillo.  
—Aquí hay pan seco, un trozo de nabo cocido, y una piedra.

—Le tocó el hombro—. No la tires. A veces es bueno tener algo que pese.

No hubo abrazos, ni lágrimas abiertas. La tristeza no siempre es escandalosa.

A veces se mete en los rincones del cuerpo y solo se muestra en la forma de no hablar.

Liang salió por la puerta, con el cuenco al cuello y el hatillo a la espalda. No volvió la cabeza. Si lo hacía, no iba a ser capaz de seguir caminando. El camino hacia el monasterio era largo y difícil.

No había señales ni flechas. Solo rumores, historias contadas entre dientes, y una vaga idea de que, en lo alto de las montañas, vivían hombres que no hablaban mucho pero sabían más que los libros.

Liang seguía el sendero de tierra endurecida, salpicado de piedras y raíces traicioneras.

El bosque tenía ojos, ramas que crujían cuando nadie caminaba, y sombras que lo seguían desde lejos.

El primer día no pasó nada. Caminó, comió poco, bebió de un arroyo helado. Se durmió al abrigo de un árbol nudoso que olía a tierra vieja.

El segundo día, vio un zorro en la distancia. Lo miró, Liang le habló en voz baja, como si fuera un amigo.

El zorro ladeó la cabeza y luego desapareció.

A mediodía, encontró a un anciano que viajaba en sentido contrario, con una carreta tirada por una mula flaca.

¿A dónde vas, muchacho? —le preguntó el viejo, sin detenerse.

—Al templo.

El anciano chasqueó la lengua.

—Allí no dan comida. Dan silencio.

Y el silencio no llena el estómago... pero cura otras cosas.

Le lanzó una ciruela seca desde su carreta y siguió su camino.

Liang la guardó como si fuera oro. La comería solo si sentía que iba a morir. Y ese no era día para morir. El tercer día cayó la lluvia, suave, pero constante.

La ropa se le pegaba al cuerpo, el frío le mordía los dedos, y la tierra se volvía barro traicionero.

En una pequeña aldea donde pidió un poco de agua, una mujer lo miró de arriba abajo.

— ¿Eres monje?

— Todavía no.

— ¿Entonces qué eres?

— No lo sé, soy un niño.

Ella le dio un trozo de pastel de arroz y le dijo algo que no entendió, pero le sonó a bendición.

Esa noche no durmió, escuchó los truenos y vio relámpagos, a lo lejos y se abrazó a su cuenco como si fuera un escudo. No sabía por qué lo protegía, con tanto esmero, si estaba vacío.

Pero a veces, lo que parece no contiene nada, contiene todo lo demás.

Empezó a soñar...

El monasterio apareció el cuarto día, entre la bruma que cubría los riscos como un velo antiguo. No era grande ni impresionante.

No tenía estatuas de oro ni columnas labradas.

Tenía paredes de piedra sobria, techos oscuros, y un silencio que no parecía vacío, sino lleno de una presencia que no necesitaba nombre.

La escalera que llevaba a la puerta era muy empinada. Cada peldaño era una conversación con el cansancio.

Liang subió con las piernas temblorosas, las manos entumecidas, y la esperanza colgando, como su cuenco.

Golpeó la puerta, una, dos, tres veces, nadie respondió.

Se sentó a un lado, encogido, mojado, sin saber si esperaba, o si ya había sido olvidado, no lloró.

El frío no era solo físico, también era un frío que venía de dentro, de no saber si tenía un lugar en el mundo. Pasaron horas, tal vez un día entero. Cuando la puerta finalmente se abrió, con un crujido sordo, y una figura alta y delgada que lo observó desde la penumbra.

Era un monje de túnica sencilla, rostro sereno y mirada clara.

No parecía ni viejo ni joven, solo, eterno.

— ¿Qué traes contigo? —preguntó.

Liang levantó el cuenco sin hablar. El monje lo miró, luego bajó la vista

al cuenco, y después a los ojos del niño.

—Entonces le dijo con voz calmada y serena, puedes entrar.

El monje se giró y caminó hacia el interior del monasterio, Liang se incorporó y le siguió.

—Aquí no damos nada —añadió, sin mirar atrás—.

Pero si estás dispuesto a vaciarte. Todo te será revelado.

Liang cruzó la puerta, y esta se cerró a su espalda. No con fuerza, sino con la solemnidad de lo irreversible.

El patio interior era amplio, de piedra antigua, con linternas de aceite, un estanque, y varias puertas que conducían a lo desconocido. Vio a otros niños barrer, otros meditaban en movimiento, y uno simplemente contemplaba el agua de un estanque con peces.

El monje lo condujo a una estancia sin pronunciar palabra.

Una habitación de madera pulida, con una estera enrollada y un cuenco idéntico al suyo en una repisa.

Le indicó el lugar donde dormiría.

—Aquí no hay nombres todavía, solo pasos.

Liang se sentó, rodeado de silencio.

En su pecho, el cuenco colgaba aún tibio del calor de su cuerpo. Y por primera vez, el vacío le pareció algo lleno de sentido.

## El pan y la piedra

La noche anterior a su partida, Liang se acostó sobre la estera gastada que había compartido con sus hermanos durante años. Ahora, ese espacio parecía más grande, como si el vacío que iba a dejar se hubiera instalado ya en la estancia. Afuera, el viento jugaba entre los árboles, rozando las ventanas de madera con un susurro triste.

Dentro, el silencio era un manto denso, casi palpable. Liang cerró los ojos, pero el sueño no llegaba, no era miedo lo que le mantenía despierto, ni siquiera tristeza, ni hambre, era algo distinto, más profundo y desconcertante. Como una inquietud un temblor que aún no entendía, su espíritu se resistiera a abandonarlo en la oscuridad.

La respiración lenta de su madre era la única compañía. Él sabía que ella también estaba despierta, tumbada de lado, mirando a la pared de barro que, para sus ojos cansados, parecía un lienzo en blanco donde dibujar futuros sueños inciertos. No quiso llamarla, no quiso romper ese instante silencioso, como si una palabra pudiera romper la frágil conexión que ambos compartían.

Con cuidado, se levantó y se acercó a la mesa, sobre una tela de lino, doblada con mimo y arrugas de mucho uso, yacían tres objetos: un trozo de pan endurecido, un pedazo de nabo cocido envuelto en hojas, y una piedra lisa y negra, del tamaño de un pequeño puño, cada uno de ellos parecía haber sido colocado allí con un propósito, Liang los miraba sin comprender, que hacían allí esos objetos.

Se sentó frente a ellos, los observó como si fueran reliquias sagradas, la luz de la luna colaba tímidamente sus rayos a través de la ventana, iluminando la escena con un brillo tenue y cálido. Sentía que estaba frente a un ritual, uno antiguo y silencioso.

Su madre apareció sin hacer ruido, descalza, con sus pasos suaves como un suspiro, se sentó frente a él y lo miró con una mirada cálida, compartiendo la oscuridad sin necesidad de palabras, fue ella quien rompió el silencio.

—Tendrás hambre —dijo con voz suave—. Pero eso ya lo sabes.

Liang asintió, sin levantar la vista, la certeza de esa frase era como una

sombra que lo seguía.

—Este pan —añadió, levantando el trozo con cuidado— ya está duro, porque así no se romperá en el camino, cuando sientas que no puedes más, muérdelo, no te alimentará, pero te recordará que aún puedes seguir adelante.

Guardó el pan en el hatillo que llevaba siempre consigo, la idea de ese alimento duro y seco le parecía casi absurda, pero en la noche que se avecinaba, cualquier cosa era un amparo.

—El nabo, —continuó ella, bajando la voz, como si la noche pudiera escuchar sus palabras—. No lo comas. Solo huélelo cuando la soledad sea demasiada, a mí me huele a hogar de familia.

Liang apretó los labios para no llorar. No era por orgullo, era porque en esa noche parecía traicionar algo, un pacto invisible con lo que estaba por venir.

— ¿Y la piedra? —preguntó al fin, con el temblor que solo los niños sienten cuando enfrentan algo desconocido.

Su madre tomó la piedra con ambas manos, y una sonrisa dulce, tenue, iluminó su rostro cansado.

—La recogiste cuando tenías cuatro años. Dijiste que parecía la luna. — La sonrisa se hizo un recuerdo—. Pesa poco, pero si la llevas contigo, te recordará de dónde vienes. Y si el camino se vuelve muy largo, guárdala cerca del corazón úsala como si fuera un amuleto...

Liang sostuvo la piedra, sintió su frío y, de alguna forma misteriosa, notó que también estaba viva. Quizás porque llevaba dentro toda la historia de su pequeño mundo, su niñez, su hogar.

Entonces, pasos firmes rompieron la quietud. La figura de su padre apareció en el umbral. No era hombre de muchas palabras, ni de gestos exagerados, pero esa noche, algo en él era distinto, parecía querer decir más, aunque sin pronunciar una sola palabra.

Se sentó con ellos, junto a la mesa, y sacó de una bolsa de lino un pequeño cuenco de madera, viejo, agrietado, lleno de sueños.

—Es tuyo —dijo—. Siempre lo fue. Ahora te toca llevarlo contigo.

El cuenco tenía una grieta sellada con bambú y la base ennegrecida por los años de sopa y gachas. Pero estaba limpio, pulido por las manos amorosas de su madre, y desprendía ese olor suave que solo los objetos

antiguos pueden conservar.

— ¿Y si se rompe? —preguntó Liang, con la inocencia de quien teme perder aquello que aún no ha aprendido a valorar.

Su padre lo miró con gravedad y una suavidad inesperada.

—Entonces aprenderás que hasta lo que se rompe puede seguir sirviendo.

El silencio volvió a instalarse. Afuera, el viento agitaba los sauces con un susurro casi melancólico. La casa olía a humo antiguo, a tierra mojada, a despedida.

— ¿Queréis que me quede? —Se atrevió a preguntar Liang, la voz cargada de duda—. No me importa pasar hambre con vosotros.

Su madre le acarició el rostro con una mano firme, suave como el terciopelo, con el peso de los años y el amor que no necesita palabras.

—Queremos que te vayas. Por eso duele tanto.

Liang bajó la mirada, sintiendo la mezcla confusa de miedo y esperanza.

— ¿Y si no me aceptan? —preguntó, con la voz quebrada.

—Entonces vuelve —respondió su madre—. Aquí siempre serás amado. Pero si te aceptan, no te quedes solo con lo que te enseñen. Mira más allá, siente, escucha tu interior.

Liang asintió, como quien recibe una misión sagrada. Guardó con cuidado el pan, el nabo, la piedra y el cuenco. Los acomodó en su hatillo, como un pequeño altar portátil.

Se tumbó junto a ellos, y por primera vez en noches, el sueño lo envolvió, no porque estuviera tranquilo, sino porque el corazón, agotado de latir sin descanso, entendió que dormir también era un paso necesario para emprender un largo camino.

### 3

## Voces a medianoche

La noche se descolgaba sobre la aldea como un manto de lana húmeda, ese tipo de manta que nunca termina de secarse, que pesa en los hombros y en la piel, y que te recuerda que lo que viene no será fácil. Las nubes, pesadas y densas, tapaban el cielo por completo. Ni una sola estrella se atrevía a brillar, ni siquiera la luna se asomaba a curiosear. Todo dormía, todo parecía haberse entregado al silencio y al sueño profundo, todo, menos Liang.

Había conseguido cerrar los ojos por un rato, después de guardar con cuidado el pan, la piedra y el cuenco junto a su estera, pero su cuerpo, ese mismo cuerpo que se había acostumbrado a las fatigas y al esfuerzo, no parecía dispuesto a hundirse del todo en el sueño, algo en él permanecía despierto, mirando hacia adelante con los ojos bien abiertos, atento a algo que no podía comprender todavía.

La casa respiraba a su alrededor. Los tablones crujián con los cambios de temperatura, como si sus propios huesos se quejaran de la quietud y el frío. El viento, aunque débil y tímido, se colaba por alguna rendija que ni su padre había logrado sellar, susurrando secretos al oído de la noche, Liang se incorporó despacio, sentándose sobre su estera, abrazando las rodillas, respiró hondo, pausado, tenía miedo, era un miedo sutil, distinto, casi indefinible, un miedo que sabía que era, algo más grande que él.

Se levantó con la calma de quien ya no espera nada y, sin hacer ruido, salió al exterior.

El mundo fuera estaba cubierto de sombra, profunda y silenciosa, ni los perros del pueblo se atrevieron a romper la calma con sus ladridos, el frío le mordía los pies descalzos, un frío que calaba en los huesos y recordaba que la vida no siempre es amable, pero Liang no se inmutó, caminó con lentitud hacia el pequeño huerto detrás de la casa, ese huerto donde su madre cultivaba cebollas y raíces con paciencia con amor silencioso, ese huerto que ahora solo era un trozo de tierra agrietada por la sequía, se sentó sobre una piedra lisa y fría, la misma donde su abuelo solía contarle historias antes de morir, historias que

ahora parecían cobrar vida en esa misma noche.

—¿No puedes dormir? —dijo una voz grave a su izquierda.

Liang se sobresaltó, no esperaba compañía, giró la cabeza y vio al anciano del pueblo, el viejo Wen, sentado bajo el árbol de ciruelos con la quietud de quien lleva toda la vida esperando el momento justo para hablar.

—Perdón, no sabía que estaba aquí —murmuró Liang, tratando de no parecer asustado.

—No lo estoy —respondió el viejo Wen con una sonrisa enigmática—. Solo aparezco cuando hace falta.

Liang no supo si aquello era una broma o un sueño profundo. El anciano lo miraba con esos ojos claros, llenos de arrugas, como si hubiera visto más allá de las estrellas y el tiempo.

—¿Te vas al templo mañana? —preguntó el viejo, con la voz cargada de años y sabiduría. Liang asintió en silencio.

—¿Y qué esperas encontrar allí? —insistió Wen.

La pregunta le golpeó más de lo que esperaba, se quedó callado, buscando en su interior una respuesta, después de unos segundos, habló con la única verdad que tenía:

—No lo sé... Pero sé que no puedo quedarme, mis padres prefieren que me vaya.

El anciano asintió lentamente, como quien aprueba el primer paso en un camino difícil.

—Eso ya es mucho, la mayoría nunca se va, pero tampoco saben por qué se quedan, tus padres son sabios al dejarte marchar.

Liang bajó la vista, sintiendo cómo el frío le subía por los tobillos, el silencio que se instaló entre ellos no era incómodo, era como una manta gruesa, tejida de respeto y entendimiento, compartida sin necesidad de palabras.

—En el templo —dijo Wen— vas a encontrar preguntas, y eso, muchacho, es más difícil de soportar de lo que imaginas.

Liang no entendía del todo, pero guardó esa frase en un rincón del corazón, como un secreto que algún día podría descifrar.

—Cuando llegues, nadie te va a abrazar —continuó el anciano—. Nadie te va a explicar lo que estás haciendo, te mirarán como a una

piedra más del camino, pero si estas atento y aprendes a estar como esa piedra... entonces crecerás.

— ¿Y me dolerá? —preguntó Liang, con la voz temblorosa.

—Te dolerá, pero no como aquí, el dolor del templo es distinto.

Es vacío, y el vacío, cuando aprendes a sostenerlo, te hace fuerte.

Liang sintió un escalofrío que no venía del viento, el anciano se puso de pie con la calma de quien conoce cada paso y cada sombra.

—No hables de esto con nadie —dijo, como último consejo—. No porque sea un secreto. Sino porque no hace falta.

Y antes de que Liang pudiera responder, el viejo Wen desapareció entre la sombra de los cerezos, como si se hubiera disuelto en el aire, dejando solo el murmullo del viento y el eco de sus palabras.

Liang se quedó un rato más, con las manos en el regazo, sintiendo que su corazón latía con una extraña mezcla de paz y agitación, como si por fin se hubiera encontrado con un fragmento de su destino.

Volvió a la casa sin hacer ruido, se acostó sobre su estera, y por primera vez en mucho tiempo, el sueño cayó sobre él como una cobija tibia y silenciosa, acogedora y leve.

Al día siguiente, comenzaría el camino.

## Muestra de lectura · Cuenco vacío o cuenco lleno

A veces, comprender el alma de un libro no requiere más que abrir sus primeras páginas y dejarse llevar, como el viajero que escucha sin preguntar mientras el río le habla. Otras veces, conviene tomar un poco de distancia, alzar la vista y contemplar el contorno del camino, el aroma que dejan las palabras antes incluso de leerlas.

Este pequeño fragmento —tres capítulos de un total de cuarenta y uno— no pretende explicarlo todo. Es solo una puerta entreabierta, una muestra humilde de un viaje mayor, lleno de preguntas antiguas, silencios densos y voces que susurran desde los márgenes del mundo.

*Cuenco vacío o cuenco lleno* está disponible tanto en formato ebook Kindle, ideal para acompañarte en cualquier viaje, como en edición en papel, para quienes prefieren el tacto de las páginas y el peso del libro entre las manos.

Si lo que lees aquí te toca, aunque sea apenas con la yema de los dedos del alma, quizá el camino no termine en estas páginas. En Amazon encontrarás la historia completa, junto a nuestra trilogía “*Shaolin, Tierra de peregrinos*”, otra senda nacida del mismo silencio y la misma mirada.

 [Página de los autores](#)

 [\[Adquiere el libro aquí\]](#)